

Manuel Mejía Vallejo, más allá de la leyenda

Claudia Ivonne Giraldo Gómez

En la historia de la literatura universal, muchos escritores fueron, mientras vivieron, personajes de su época, de su región. En vida fueron sensación y, ya fallecidos, leyenda, para su mal o para su bien. No es nada raro que la leyenda, el comentario repetido, superen en mucho al conocimiento que se tiene de la obra que dejaron como legado. Cada quien tendrá, por lo menos, uno o dos nombres que poner como ejemplo.

Manuel Mejía Vallejo fue un hombre llamativo, carismático: bello como un galán de cine de los 50, amable, cercano, gran lector de inteligente y aguda conversación, memorioso y cantor, ameno y casi hipnotizante contertulio. Durante las décadas 70 y 80 del siglo pasado, si llegaba a una feria del libro, a una presentación, Manuel era el foco de la atención de jóvenes y viejos lectores y escritores. Su taller de la Biblioteca Pública Piloto se convirtió, no solo en el más importante del país, sino del que más escritores jóvenes salieron y que hoy, cuarenta años más tarde, son parte de nuestro acervo literario nacional. Por supuesto, lo precedían su obra y los premios que había recibido con merecida justicia. Sabíamos todos que se trataba del más importante escritor del país, así en la capital se hicieran los de la vista gorda.

Oír a sus amigos más cercanos recordar las tardes con Manuel, las noches en Ziruma –su casa en El Retiro– es más que encantador: era la palabra azuzada y adobada por el ron o el aguardiente; las memorias plenas de historias graciosas o fascinantes, la copla, la canción pronta y pedida una y otra vez.

Ejercía la bonhomía de buena cepa, y su casa se convirtió en referente abierto para quien empezaba a escribir y también para los grandes y reconocidos autores y artistas que visitaron a Medellín en su momento.

Todo esto, repetido muchas veces, ha rodeado su figura de un aura de magia, a la que muchos jóvenes de hoy se acercan con curiosidad. Cosa buena, magnífica, loable. A contrapelo, ese encanto se ha detenido, tal vez en demasía, en el rumor de su gusto por el trago, en su atractivo para las mujeres, en sus palabras certeras, en su figura viril. De su obra se repiten y difunden lugares comunes y errores como considerarla costumbrista. En fin, ese lado oscuro de la fama.

Y, a pesar de que cada vez hay más estudios y tesis sobre la obra de “nuestro hombre” realizados por estudiantes de humanidades y de literatura, estudios válidos y necesarios, faltan más lectores de su obra. Lectores arrobados, interesados, lectores que “escuchan” corazón adentro las claves con las que Mejía Vallejo nos descubre lo que fuimos y los que somos; sus creencias y descreimientos, sus “guapos” desencantados, la virilidad basada en la crueldad y la violencia que se les viene encima a sus personajes; sus mujeres fuertes, contadas con una compasión iluminada que entiende de sus *sinsalidas*, de las precariedades de sus vidas, de sus limitaciones todas.

Un pueblo que busca la paz y que cae continuamente en la violencia tiene que pasar por los mismos infiernos por los que pasaron los Ernestos, los Bernardos, los Jairos

y los Efraínes, los Medardos y las putas de Guayaquil; las Lucías, las mujeres amadas y las que se quebraron y no pudieron resistir, personajes de las obras de este grande escritor nuestro. Tiene que pasar por allí colectivamente. ¡Qué tal que la lectura lograra llevarnos al conocimiento sin arriesgar una sola vida! Manuel Mejía Vallejo es nuestro porque señala con exactitud y hondura el momento del re-conocimiento espiritual de una comunidad que pasa –no sin espanto– por la confrontación bipartidista y sus consecuencias que se inflaman hasta el día de hoy; por la soledad y la nostalgia de quienes dejaron atrás las raíces y la casa natal, de quienes conversan con las sombras de los ancestros, para que nos veamos en nuestra real catadura, en nuestro horror, para que

nos iluminemos y, tal vez, podamos vernos con humildad y sencillez inteligentes, único camino para el auténtico conocimiento.

Leer a Manuel es invocarlo a él y al tono de sus palabras, es ir a las raíces propias, regresar en el tiempo de uno y de todos, un tiempo que no se ha ido.

Claudia Ivonne Giraldo Gómez es escritora, editora y coordinadora de talleres literarios. Ha publicado los libros: *El hijo del dragón* y *El cuarto secreto*. Actualmente es codirectora de la revista y proyecto editorial *P&P+arte. Cuento, Poesía y Plástica*.

Manuel Mejía Vallejo y la creación de una saga narrativa universal*

Félix Antonio Gallego Duque
y Edwin A. Carvajal-Córdoba

La identificación de un lector con la obra de un escritor es un asunto que parte de una sensibilidad comunicativa entre ambos sujetos, distantes entre sí en el tiempo o en la geografía, pero con un mensaje común que es la obra literaria. En este caso, la literatura conduce al lector o receptor hacia una experiencia estética a través de la lectura, pero esta actividad a su vez lleva implícito en sí mismo el reconocimiento de un individuo con su propia esencia, sus orígenes o sus antepasados: esta es nuestra experiencia

con la obra de Manuel Mejía Vallejo; en su creación literaria hemos encontrado la representación del suroeste antioqueño, de un mundo que por mucho tiempo fue distante, desconocido, pero sobre el cual siempre hubo evocaciones en las historias familiares, remembranzas que en el contexto actual vinculan con el estudio de una genealogía, de un territorio, de la historia social y familiar, de la misma condición humana. En la actualidad, cuando esos recuerdos generacionales de ancestros se han convertido en